

NARRACIÓN Y REFLEXIÓN

LAS CRÓNICAS DE INDIAS Y LA TEORÍA HISTORIOGRÁFICA



KARL KOHUT
EDITOR

60 AÑOS
CELL

EL COLEGIO DE MÉXICO
CÁTEDRA GUILLERMO Y ALEJANDRO DE HUMBOLDT

EL PENSAMIENTO HISTORIOGRÁFICO DE JUAN LUIS VIVES

PABLO SOL MORA
El Colegio de México

I

Entre las diversas facetas del pensamiento de Juan Luis Vives (como pedagogo, filósofo, filólogo, reformador social, apologista del cristianismo, precursor de la psicología, etc.), la de la historiografía no ha sido ciertamente la más atendida.¹ A pesar de no ser

¹ Ésta es la queja de István Bejczy en uno de los trabajos más recientes sobre el tema: "Historia praestat omnibus disciplinis": Juan Luis Vives on history and historical study", *Renaissance Studies*, 17 (2003), p. 69. Sin embargo, hay varios antecedentes que merecen mencionarse. Ya Adolfo Bonilla y San Martín, en su estudio pionero sobre el humanista, dedicó algunas páginas a su doctrina historiográfica (*Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*, 3 vols., Nueva Biblioteca Filosófica, Madrid, vol. II, 1929, pp. 305-328). Además, véase Santiago Montero Díaz, "La doctrina de la historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro", *Hispania*, 4 (1941), pp. 8-12; Horacio Juan Cuccorese, "Juan Luis Vives y la concepción de la historiografía integral", *Revista de la Universidad* (Universidad Nacional de La Plata), 16 (1962), pp. 109-131; Carlos G. Noreña, *Juan Luis Vives*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1970, pp. 149-153; Karl Kohut, "Retórica, poesía e historiografía en Juan Luis Vives, Sebastián Fox Morcillo y Antonio Lull", *Revista de Literatura*, 52 (1990), pp. 347-356, y Miguel Almenara Sebastián, "El tema de la historia en P. J. Olivar (*De ratione legendae historiae*) y J. L. Vives (*De disciplinis* y *De ratione dicendi*)", en *Acta selecta Octavi Conventus Academiae Latinitati Fovendae (Lovani et Antverpiae, 2-6 Augusti MCMXCIII)*, ed. J. Ijsewijn y Theodoricus Sacré, Academia Latinitati Fovendae, Roma, 1995, pp. 273-284. No he podido consultar el trabajo de Mariano Usón Sesé: "El concepto de la historia en Luis Vives", *Anales de la Universidad de Zaragoza*, 3 (1925), pp. 501-535 (sin embargo, el de

un historiador ni dedicar ningún libro exclusivamente a exponer sus ideas sobre la historiografía, las preocupaciones teóricas del humanista valenciano respecto a esta materia sobresalen en varias de sus obras, notablemente en su magno *De disciplinis* (1531) y en su manual retórico, *De ratione dicendi* (1533).

El objetivo de este trabajo es examinar las principales ideas historiográficas del autor en el marco de estas dos obras y mostrar la singular importancia que la historiografía tuvo en su pensamiento. Siguiendo el orden cronológico, comenzaré con *De disciplinis* para luego ocuparme del *De ratione dicendi*. Al final, espero obtener algunas conclusiones generales.

II

Las reflexiones teóricas sobre la historiografía en *De disciplinis* se inscriben dentro del marco general de la obra de crítica y propuesta de reforma de la enseñanza imperante en la época de Vives.² Los apartados centrales a este respecto se encuentran en la primera parte ("De causis corruptarum artium"), libro II ("De grammatica"), capítulos V y VI, y en la segunda ("De tradendi disciplinis"), libro V, capítulos I y II. Antes de entrar directamente a ellos, conviene detenerse un poco en la cuestión de por qué Vives considera la historia bajo el amplio rubro de la gramática y qué entiende por ella.

Luis Gil Fernández ha documentado ampliamente el descrédito de la gramática y los gramáticos en España que va del siglo XVI al XVIII y cuyos orígenes se remontan hasta las *Partidas* alfonsíes.³ La simple palabra "gramático" era usada con frecuencia como una descalificación o prácticamente un insulto.⁴ Contra este descrédito

Montero Díaz puede dar una idea de su contenido ya que afirma haberse basado en él).

² Sobre el proceso de formación de *De disciplinis*, véase William Sinz, "The elaboration of Vives's treatises on the arts", *Studies in the Renaissance*, 10 (1963), pp. 68-90.

³ Véase *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Tecnos, Madrid, 2ª. ed., 1997, pp. 229-286.

⁴ Así lo demuestran los versos apologéticos de un ofendido Arias Barbosa: "Hablar latín lo tienen a desdoro, /pues si alguien intenta decir una palabra latina,

fue contra el que lucharon todos los humanistas a partir de Nebrija que, como oportunamente recuerda el propio Vives, no quería que se le llamase con otro nombre que el de "grammaticus".⁵ La gramática, pues, de un humanista como el valenciano no se limita a un conocimiento elemental de las letras (porque en general la gramática de los humanistas, como ha observado Joseph Perez, es más que la gramática).⁶ En sus propias palabras:

Decidme: ¿qué profesa el gramático? No solamente la enseñanza de las letras y de las voces, aun cuando ése no es empeño baladí, sino la inteligencia de las palabras y de todo el lenguaje, el conocimiento de la antigüedad, de las historias, de las fábulas, de los poemas y, por fin, la interpretación de todos los escritores antiguos. ¿Qué puede decirse que sea mayor y más glorioso en punto de estudios?⁷

Es dentro de este amplio concepto de la gramática que en *De disciplinis* se estudia la historia como parte de ella.

Vives inicia el capítulo V lamentando la ambigüedad del concepto mismo de "historia",⁸ pues algunos, remitiéndose a su etimología

/se ríen de él por necio, y 'gramático' le llaman. [...] El nombre de gramático con bromas y carcajadas / desprecias, bárbaro. Nada nuevo me ofreces. / El cerdo también desprecia las piedras preciosas. / Estima el cieno y el barro" (*apud* Gil Fernández, *op. cit.*, p. 240).

⁵ Véase *De disciplinis* I, II, II.

⁶ "Elle suppose naturellement qu'on maîtrise la morphologie et la syntaxe d'une langue, mais aussi bien d'autres choses qui sont indispensables si l'on veut interpréter correctement un texte" ("L'humanisme: essai de définition", en *De l'humanisme aux Lumières. Études sur l'Espagne et l'Amérique*, Casa de Velázquez, Madrid, 2000, p. 162).

⁷ ("¿Porro quid grammaticus profretur? Non solum litterarum et vocum peritiam, quamquam neque hoc omnino parum, sed intelligentiam verborum et sermonis totius, cognitionem antiquitatis, historiarum, fabularum, carminum, denique veterum omnium scriptorum interpretationem: ¿Quid potest hoc majus vel amplius in studiis dici?"; *De disciplinis*, en *Opera omnia*, 8 vols., edición de Gregorio Mayans, Benito Monfort, Valencia, vol. VI, 1785, p. 84). *Las disciplinas*, en *Obras completas*, 2 vols., edición y traducción de Lorenzo Riber, Aguilar, Madrid, vol. II, 1948, p. 405. Todas las citas provienen de estas ediciones y en adelante sólo indico el número de página entre paréntesis.

⁸ Al glosar el texto de Vives utilizo el término "historia" como sinónimo de "historiografía".

griega (*istorein*, ver), pretenden que sólo es historia aquello que escribe alguien que vio los hechos, mientras que otros, como el autor de la *Rhetorica ad Herennium* (Vives aún se la atribuye a Cicerón), la definen como hechos alejados de la memoria de nuestra época. Más adecuada le parece la definición tópica de historia que se encuentra en el *De oratore*, a saber: "*Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis*".⁹

A partir de esta definición comienza la crítica más severa de Vives: siendo la historia "*testis temporum, lux veritatis*", la corrupción empezó cuando se mezclaron mentiras con los acontecimientos reales. Los primeros responsables de esta perversión son uno de los blancos favoritos de Vives: los poetas. En efecto, éstos, buscando fundamentalmente el deleite y desconfiando de alcanzarlo con la desnuda verdad de los hechos, mezclaron verdad con mentira y torcieron las verdades en el sentido que creían les ganaría mayor admiración.

No era ésta, desde luego, la primera vez que el humanista censuraba a la poesía. Ya desde su opúsculo juvenil *Veritas fucata* había fustigado a los poetas (o a una gran parte de ellos, al menos, comenzando por Homero) por haber corrompido la verdad al no poder tolerarla desnuda y haberla cubierto de afeites.¹⁰ Originada en un riguroso sistema moral, la crítica a la poesía (y a la literatura, en general), en tanto básicamente falsa y mentirosa, es una de las constantes en la obra de Vives.¹¹

Los poetas antiguos, pues, fueron quienes primero corrompieron la historiografía a tal punto que pronto la verdad se volvió irreconocible entre tantas mentiras; los escritores que vinieron

⁹ Libro II, cap. IX, p. 36. El texto proviene de Cicerón, *De Oratore*, with English translation by Edward William Sutton, Harvard University Press, Londres, 1942, p. 224.

¹⁰ "¿Cuándo el hombre se hace más semejante a Dios (como respondió a una pregunta Pitágoras) sino al hablar cosas verdaderas? ¿Y cuándo es más semejante al príncipe de las tinieblas, sino al derramar mentiras, que son las verdaderas tinieblas de los entendimientos? El manjar de los demonios, dice mi Jerónimo, son las creaciones de los poetas; a saber: de los que aprendieron a mentir y enseñan a mentir a los otros, como dice Dión Prusense, cuyo corifeo es aquel desvariado e insano viejo de Homero, que siempre se deleitó en la mentira" ("La verdad embadurnada", en *Obras completas*, ed. cit., vol. I, 1947, p. 281).

¹¹ Véase en el mismo *De disciplinis* el apartado dedicado a la poesía (parte I, libro II, cap. IV).

después ya no pudieron rescatarla. Al hablar de la confusión propiciada por la repetición de los nombres mitológicos, Vives apunta una de sus primeras convicciones historiográficas: la necesidad de una cronología confiable.

Pasa luego a otro defecto de los historiadores antiguos, una suerte de incipiente nacionalismo que los llevó a inventar los hechos. Menciona primero a los egipcios y después a los griegos, cuyas falsedades explica por dos causas: primera, por ese exaltado patriotismo que los hizo pensar que con sus mentiras engrandecerían a su patria y, segunda, porque el ingenio griego era tan grande que no podía contenerse en los límites de la verdad. Vale la pena detenerse un poco en esta última. Vives explica que al no encontrar en la realidad materia suficiente para su ingenio y capacidad expresiva, simple y sencillamente la inventaron, porque creían que así agradarían más al lector que los que se limitaban a contar la pura verdad. Éste es el peligro que, en su opinión, corren todos aquellos que, pareciéndoles poco la verdad, se dejan llevar por el encanto de agradar a cualquier precio, incluso el de la mentira. En otras palabras, el peligro de renunciar a la austera verdad de la historia y dejarse llevar por la fascinante mentira de la ficción.

Esto da pie a Vives para volver a atacar a la poesía: cómo no iban a mentir los historiadores si veían que los escritos que más éxito tenían eran justamente los relatos fabulosos de los poetas. Entre los historiadores antiguos que más censura se encuentra Herodoto, a quien sugiere llamar "padre de las mentiras" en lugar de "padre de la historia". En el mismo lugar critica esa manera de hacer historia que, en vez de buscar la verdad en el sitio adecuado, trata de deducirla de rumores o fuentes indirectas en tercer o cuarto grado (lo que una persona le dice a otra que ha oído decir). En este punto podemos apreciar una crítica muy concreta de Vives a la historiografía antigua y una de sus preocupaciones principales respecto a cómo debe escribirse: el hecho de repetir sin más una opinión recibida y la necesidad implícita de verificar.

El siguiente capítulo es de naturaleza más preceptiva, pues discurre acerca de qué materias debe tratar el historiador y cómo. Resulta fundamental porque revela no sólo algunas de las ideas centrales del pensamiento historiográfico de Vives, sino aspectos centrales de su humanismo.

Apegándose a la definición ciceroniana, comienza reflexionando sobre la historia como "*magistra vitae*". Observa que, a pesar de ello, no es raro ver que la historia trate de temas irrelevantes (una cacería, por ejemplo) o de plano nocivos, como amoríos, venganzas o guerras. Este último punto es el que más le interesa y en la atención que le dedica podemos apreciar una de sus facetas más relevantes: la del pacifista. Vives censura acremente que algunos historiadores presten tanto interés a la guerra (incluso celebrándola), pues esto induce al lector a la imitación y han sido muchos los conflictos que se han iniciado porque los príncipes ansían emular a Alejandro o César. A propósito de la guerra civil romana, se pregunta si bien miradas no todas las guerras entre hombres son civiles. El humanismo cristiano de Vives es aquí decisivo. El género humano es uno solo: "No con lazos más flojos está ligado el indio con el romano, que el romano con el romano; y no raras veces, con lazos más estrechos. Enseña esto la Naturaleza; preceptúa esto el Autor de la Naturaleza, Cristo, que es nuestro maestro" (p. 421).¹² Se percibe en estas líneas al autor de *De concordia et discordia in humano genere* y *De pacificatione*. Vives, para quien el mensaje evangélico no era objeto de contemporización, no se cansaría de repetir sus convicciones pacifistas.

Prosiguiendo con la glosa de la definición, expone a propósito de la historia como "imagen de la verdad" otro de los requisitos que, a su juicio, debería cumplir el historiador: guardar la justa medida de los hechos, sin disminuirlos ni aumentarlos. Vuelve entonces a arremeter contra los historiadores griegos por su tendencia a la exageración. Pasa luego a la historiografía moderna, con la que no es menos crítico. Censura su ignorancia y su ligereza al hacer afirmaciones sobre la Antigüedad, pero más cuando se trata de la historia sagrada. Vives se muestra aquí particularmente crítico con esa historia milagrera que no engrandece sino desprestigia al cristianismo, actitud que, al decir de P. O. Kristeller, era común en la historiografía humanista.¹³ Alejado de todo nacionalismo, critica

¹² "*Non minore conjunctione devinctus est indus romano, quam romanus romano; non raro etiam majore: hoc docet natura; hoc jubet naturae auctor et magister Christus*" (p. 106).

¹³ "The humanists usually did not place much credence in miracles and avoided theological speculations, and they tend to account for historical events on a strictly

también que los historiadores de cada uno de los países europeos escriban sólo para exaltar sus respectivas naciones, desentendidos de lo que debería de ser su único objetivo: la verdad.

En medio de esta crítica generalizada, Vives rescata algunos autores (Froissart, Monstrelet, Philippe de Commines¹⁴ y Diego de Valera),¹⁵ aunque no deja de condenar que se distraigan en nimiedades¹⁶ y olviden los hechos capitales, los ejemplares y los de utilidad práctica. Recordemos que para Vives la historiografía debe tener, ante todo, un valor ejemplar y ser fuente de prudencia. Este último concepto, como veremos más adelante, es fundamental en su pensamiento historiográfico. Ya aquí, a propósito de estos historiadores modernos, apunta que en vano se buscará en ellos esta importante virtud.

Pero no es sólo la falta de prudencia lo que Vives les censura, sino también su frialdad y su aridez, por no tener ningún tipo de erudición, ni agudeza, ni juicio, ni elocuencia. Esto parece entrar en contradicción con lo que ha venido sosteniendo a lo largo de toda su argumentación: para la historia, ¿no bastaba, acaso, la verdad desnuda? Vives aclara que sí, pero justifica el adorno del discurso diciendo que su encanto hace desear al lector saber esos acontecimientos y volver a ellos una y otra vez. En otras palabras, un poco de retórica y elocuencia no sólo no perjudica la historiografía, sino que puede volverla más atractiva. El énfasis de Vives en la "verdad desnuda" debe entenderse en un contexto en el que lo que más le preocupa es la intromisión de lo falso en el discurso historiográfico y no tanto como una auténtica pretensión de exponer la verdad sin ninguna especie de adorno retórico. Vives, como buen humanista,

rational basis" ("Humanist learning in the Italian Renaissance", *Renaissance Thought II. Papers on Humanism and the Arts*, Harper & Row, Nueva York, 1965, p. 10).

¹⁴ Jean de Froissart (1337-1410) y Enguerrand de Monstrelet (c. 1390-1455) fueron cronistas de la guerra de los Cien Años; Philippe de Commines (c. 1447-1511) fue diplomático y autor de unas famosas *Mémoires*.

¹⁵ Esta curiosa admiración de Vives por un autor con tantos rasgos medievales como Valera llamó ya en su momento la atención de un lector como Maravall (véase *Antiguos y modernos*, Alianza, Madrid, 1986, p. 374).

¹⁶ Entre ellas, Vives pone al mismo nivel cosas como la forma en que un soldado perdió una espada y datos que la historiografía moderna valorará positivamente, como cuál era el precio del trigo en un año de carestía.

reconoce el valor de la *eloquentia* como estímulo para el conocimiento y la acción. Precisamente por la aridez de los historiadores es que muchos lectores prefieren libros llenos de mentiras, pero con cierto encanto de estilo, como los nefandos libros de caballería, que no sirven para nada y con los que Vives, como en otras ocasiones,¹⁷ no transige en lo más mínimo.

Hasta aquí es ya evidente la importancia que Vives atribuía a la historiografía y hubiera bastado este par de capítulos del "De causis corruptarum artium" para asegurarle un lugar en la historia de la teoría historiográfica humanista. Sin embargo, aún va más allá. El capítulo I, libro V, del "De tradendi disciplinis" es uno de los mayores elogios de la historiografía compuestos en el marco del Humanismo.

Vives parte aquí del valor de la prudencia. La idea que tiene de ésta y su importancia en la totalidad de su pensamiento serían objeto de un trabajo aparte,¹⁸ pero es necesario detenerse un poco en ella. Para comprender cabalmente el concepto que Vives y otros humanistas tenían de la *prudencia* habría que remontarse a Aristóteles. Éste se ocupó ampliamente del tema en la *Ética a Nicómaco*.¹⁹ Para él, la prudencia no puede ser ni ciencia (puesto que en ella las cosas siempre son de una misma manera y va acompañada de demostración) ni arte o técnica (porque la producción es diferente de la acción). La prudencia, dice, "es una disposición racional verdadera y práctica respecto de lo que es bueno para el hombre".²⁰ El dominio de la prudencia, pues, es lo específicamente humano, lo práctico, lo particular, lo que es objeto de deliberación. Vives, por su parte, inicia su indagación distinguiendo entre dos tipos de saberes: para los asuntos humanos, tenemos la prudencia; para los divinos, la piedad, que enseña quién es Dios y cómo hay que

¹⁷ Véase, por ejemplo, *Institutio foeminae christianae*, I, V. La crítica allí se hace en el contexto específico de la educación de las mujeres, pero va más allá de él.

¹⁸ Véase José A. Fernández Santamaría, *Juan Luis Vives. Escepticismo y prudencia en el Renacimiento*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1990 y Luis Recaséns Siches, "Algunas contribuciones españolas al estudio de la prudencia", *Dianoia*, 17 (1971), p. 190.

¹⁹ Véase, sobre todo, 1140a-1142a.

²⁰ 1140b, edición bilingüe y traducción de María Araujo y Julián Marías, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 7ª ed., 1999.

comportarse con él. Sólo esta última merece en rigor el nombre de *sapientia*,²¹ pero no es la que le interesa ahora. Procede entonces a dar su definición: "la *prudencia* es el arte de acomodar todas las circunstancias y percances de la vida al lugar, al tiempo, a las personas, a los negocios; ésta es el piloto y el timón en la tempestad de las pasiones" (p. 645).²² La prudencia, en efecto, es una habilidad que se ejerce en el campo de lo humano, lo particular y lo práctico. La importancia que Vives atribuye a la prudencia y su modo de entenderla lo convierten en un precursor directo del maestro por excelencia de esta virtud y que intentó transformarla, él sí, en un arte (naturalmente, Gracián).²³

Las fuentes de la prudencia, según Vives, son dos: el juicio y la experiencia. La que nos interesa es particularmente la segunda, ya que ésta es personal o ajena (vista, leída u oída), y este segundo tipo es el que se aprende del conocimiento del pasado, o sea, la historia. Antes, y para concluir con el asunto de la prudencia, Vives se había cuidado de diferenciar ésta de la astucia, otro rasgo que lo muestra como precursor de inquietudes que más adelante se agudizarán.²⁴

Comienza a partir de este punto la alabanza de la historiografía y la exposición de las ideas que completarán la teoría historiográfica de *De disciplinis*. La necesidad de la historia, según a Vives, es evidente desde la vida cotidiana, ya que nadie tendría noticia de sus antepasados ni habría derecho posible de no ser por el conocimiento del pasado, pero es aún más evidente en el terreno de la política, pues el estudio de la historia es lo que vuelve prudentes a

²¹ Sobre el proceso de identificación entre *sapientia* y *prudencia*, véase Fernández Santamaría, *op. cit.*, pp. 229-230 y Eugene F. Rice, *The Renaissance idea of wisdom*, Harvard University Press, Cambridge, 1958, pp. 156-177.

²² "*Prudentia vero peritia est accommodandi omnia (quibus in vita utimur) locis, temporibus, personis, negotiis; haec est moderatrix et clavus in affectuum tempestate*" (p. 386).

²³ La relación entre Vives y el jesuita aragonés ha sido agudamente estudiada por Aurora Egido en *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001, pp. 47-58 y 87-100; véase también Olga Prjevalinsky Ferrer, "De lo renacentista y lo barroco en las máximas morales de Vives y Gracián", *Revista de Literatura*, 15 (1959), pp. 95-103.

²⁴ Recuérdese las angustias barrocas (Gracián, Saavedra Fajardo, etc.) por distinguir una de otra.

los hombres. A quienes sostienen que es inútil puesto que muchas cosas han cambiado del pasado a la fecha, responde que sólo lo circunstancial cambia, pero no lo fundamental, esto es, aquello que constituye la naturaleza humana.

La historia, de hecho, es indispensable para el resto de las disciplinas. En la medicina, por ejemplo, el conocimiento es posible gracias al registro histórico de las enfermedades y sus remedios. La acumulación de conocimientos, hecha posible sólo gracias a la historia, es la que permite que una disciplina avance.²⁵ La ética, el derecho y la teología dependen también en gran medida de ella. El elogio de la historia alcanza su punto más alto cuando Vives escribe:

Yo no quisiera haber dicho cosa alguna en ofensa de otras gravísimas disciplinas; pero no sé cómo es que puede parecer que la Historia aventaja a todas, pues ella sola engendra, cría a sus pechos, acrecienta y perfecciona a tantas otras (p. 649).²⁶

La concepción básicamente ejemplarizante y moralista que Vives tiene de la historiografía se evidencia al señalar que un estudio maduro de la historia no debe perder el tiempo en detalles superfluos; debe considerar primero la cronología y luego los hechos que puedan servirnos de ejemplo (ya sea para imitar lo bueno o rechazar lo malo). Finalmente, reitera su doctrina pacifista: el historiador no habrá de detenerse en narrar pormenorizadamente las guerras, pues esto sólo inspira a hacer el mal.

En el último capítulo dedicado a la historiografía en *De disciplinis*,²⁷ Vives traza un minucioso plan de estudios sobre la materia utilizando todas las fuentes a su alcance y haciendo gala de su erudición. Así, pasa revista a más de 60 autores de historia entre antiguos y modernos, comentando brevemente cada uno de ellos, elogiando o criticando diversos aspectos. El estudio detenido de sus juicios, que obviamente rebasa los límites de un trabajo como

²⁵ Sobre la idea de progreso en Vives, véase Bejczy, *op. cit.*, pp. 74-77.

²⁶ "Equidem nolim in gravissimas disciplinas contumeliosius aliquid dixisse, sed nescio quo pacto historia videri posset praestare omnibus, quae una tot artes vel pariat, vel emuliat, augeat, excolat" (p. 391).

²⁷ Parte II, libro V, cap. II.

éste, sería de gran ayuda para comprender mejor su pensamiento historiográfico al analizar su postura frente a autores y textos concretos. Sin embargo, hay en este capítulo algunas nociones de índole teórica que no conviene pasar por alto. Por ejemplo, la idea de que la historia debe considerarse desde el principio del mundo o un pueblo hasta el final mediante una sola mirada y no por partes, lo que dificulta el estudio. O la de que el conocimiento de la historia debe completarse con el de las fábulas, pero evidentemente no cualesquiera, sino las eruditas o que pueden aplicarse a la vida (las de Esopo, por decir algo), idea que nace de la convicción de Vives de que tanto la historiografía como la poesía (si ésta es bien practicada) contribuyen a un mismo fin: hacer mejor al hombre.

III

De ratione dicendi no se contó durante mucho tiempo entre las obras más apreciadas de Vives. Sin embargo, de un tiempo a la fecha un proceso de revaluación de la obra ha hecho que se le considere desde una nueva perspectiva.²⁸ Dividida en tres libros, la parte que trata de la historiografía se encuentra en el tercero, en el apartado dedicado a la narración. Del mismo modo que en el caso de la gramática en *De disciplinis*, nos detendremos ahora brevemente en la idea vivesiana de retórica antes de abordar el tema principal.

La retórica, al igual que la gramática, experimentó una importante revaloración durante el Humanismo. Petrarca, como de costumbre, se encuentra en el origen de este cambio. Con su énfasis

²⁸ Sobre *De ratione dicendi*, véase Kohut, *op. cit.*; Edward V. George, "Rhetoric in Vives", en Ionannis Lodovici Vivis, *Opera omnia*, vol. I, coordinado por Antonio Mestre, Edicions Alfons El Magnànim-Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Universitat de València, Valencia, 1992, pp. 154-171; José Manuel Rodríguez Peregrina, "Algunas consideraciones en torno al *De ratione dicendi* de Luis Vives", *Humanistica Lovaniensia*, 45 (1996), pp. 348-371, además de la introducción a su edición crítica de la obra, que maneja (Universidad de Granada, Granada, 2000, pp. XIII-CXXVII); Don Abbot, "La retórica y el Renacimiento: una perspectiva de la teoría española", en James J. Murphy (ed.), *La elocuencia en el Renacimiento*, Visor, Madrid, 1999, pp. 122-125, y Peter Mack, "De ratione dicendi: structure, innovations, problems", *Rhetorica*, 23 (2005), pp. 65-92.

sis en el valor de la *eloquentia*,²⁹ inició la renovación de la retórica que continuaría el humanismo italiano y más tarde sus herederos europeos. Sobre este proceso, Eugenio Garin escribió que "basta revisar la literatura del siglo xv para comprobar continuamente no sólo los intentos de sustituir la lógica de las escuelas por una retórica y una dialéctica renovadas, sino también la exigencia explícita de comprender el valor concreto que tienen esos 'instrumentos' de la mente humana dentro del marco de las distintas 'disciplinas'".³⁰ La retórica, cuyo dominio es el lenguaje (aquello que separa radicalmente al hombre de los animales y en donde reside buena parte de su *dignitas*), adquiere así una preponderancia de la que carecía en la Edad Media.

Éste es, pues, el marco de reevaluación de la retórica en el que se insertan las obras de Vives. Ahora pasemos a algunas de sus propuestas concretas. Como bien ha observado Edward V. George, *De ratione dicendi*, aunque constituye, por decirlo así, la última palabra de Vives sobre la retórica, no contiene la totalidad de su pensamiento al respecto y debe ser leído al lado de *De disciplinis*.³¹ En esta obra se ocupa de la retórica, primero, en "De causis corruptarum artium", libro IV: "Qui est de corrupta rhetorica". Allí parte de una idea que repetirá en el prefacio a *De ratione dicendi*: el mayor vínculo de la sociedad humana es la justicia y el lenguaje. Sin embargo, es más poderoso el segundo, pues mientras la justicia ejerce su influencia lenta y serenamente, el lenguaje es mucho más enérgico. De allí la importancia de estudiar el arte que enseña cómo usarlo. Ahora bien, el orden habitual de estudios (el *trivium* clásico) era la gramática, en primer lugar, luego la retórica

²⁹ Francisco Rico escribe al respecto: "frente al terminismo estéril de la escolástica, Petrarca opta por la 'eloquentia' de los clásicos y los Padres: un arte de la persuasión (*docere, delectare, movere*, definía Quintiliano, autor favorito contra los "scolastici de nichilo tumescentes") que pone en la historia las verdades permanentes; una cultura que ofrece respuestas a todos los hombres, sensible a las necesidades y a los problemas de la persona, presta a culminar en obras" ("Introducción" a Petrarca, *Obras I. Prosa*, al cuidado de Francisco Rico, Alfaguara, Madrid, 1978, pp. XXIX-XXX).

³⁰ "Discusiones sobre la retórica", *Medioevo y Renacimiento*, Taurus, Madrid, 2001, p. 97.

³¹ Véase *op. cit.*, p. 154.

y finalmente la dialéctica. Vives se oponía terminantemente a este esquema tradicional. En dicho prefacio señala que la retórica es una disciplina tan importante, tan compleja, que no debe abordarse sino cuando se ha alcanzado cierta madurez. La retórica, entonces, debiera ir después de la dialéctica, pues es absurdo pretender saber expresarse cuando no se ha aprendido a pensar. Ya en el libro IV de "De tradendis disciplinis", donde expone de manera más detallada su plan de estudios ideal, recomendaba el estudio de la retórica sólo después del de la gramática, la dialéctica, la filosofía natural y la filosofía primera.

La historiografía forma parte de la retórica en tanto es uno de los modos de la *narratio*. En efecto, ¿qué es, a fin de cuentas, esta disciplina sino un *relato*?³² Como tal, queda bajo el dominio de la retórica, que no es otro que el de una teoría general del discurso.³³ P. O. Kristeller ha observado que como uno de los principales géneros en prosa, ya desde la Antigüedad clásica la historiografía había sido sujeta a las reglas de la teoría retórica.³⁴ Si en *De ratione dicendi* Vives la presenta de esta forma, cabría preguntarse entonces por qué en *De disciplinis* la incluyó bajo el rubro de la gramática, ya que esta doble categorización podría prestarse a confusiones. Para comprender el sentido en que la historiografía forma parte de la gramática no hay que olvidar el alto concepto que Vives tenía de ésta. El gramático, cuyo campo va más allá de la enseñanza elemental del latín, debe estar versado en historia, así como en poesía y, en general, todo lo que tenga que ver con la Antigüedad. La inclusión de la historiografía en la gramática está pensada a partir de esta necesidad de una cultura casi enciclopédica para profesarla realmente. En el caso de la retórica, los motivos son de carácter más práctico y específico. Lo que ésta tiene que decir respecto a la historiografía tiene que ver más directamente con su

³² La concepción de la historiografía como básicamente una narración, tan natural para Vives y sus contemporáneos y tan desacreditada por buena parte de la historiografía moderna, parece experimentar de un tiempo a la fecha una suerte de reivindicación; véase Peter Burke, "History of events and the revival of narrative", en *New perspectives on historical writing*, ed. Peter Burke, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1992, pp. 233-248.

³³ Véase Kohut, *op. cit.*, p. 345.

³⁴ Véase "La retórica en la cultura medieval y renacentista", en James J. Murphy (ed.), *op. cit.*, p. 28.

realización concreta, esto es, cómo se va escribir, con qué recursos discursivos particulares, cómo deben usarse, etc. Estos dos puntos de vista (el de la gramática y el de la retórica) se integran de manera complementaria en el conjunto de la teoría historiográfica de Vives. Pasemos, ahora sí, a lo expuesto en *De ratione dicendi*.

La historia, pues, es una narración, pero una narración que tiene como finalidad explicar. Para su definición, Vives retoma la etimología que ya había comentado en *De disciplinis*,³⁵ pero, a diferencia de aquella ocasión, no cuestiona la idea que se deriva de ella ni la confronta con otras. En general, hay en *De ratione dicendi* la voluntad de ser más didáctico, más sucinto, más sencillo que en su obra magna.³⁶ Reitera aquí su convicción de que la historia es fuente de experiencia en relación con las cosas y la prudencia, pero el concepto de esta última no es desarrollado como en *De disciplinis*. La idea que prevalece, ante todo, es la de que la historia tiene un propósito moral y debe narrar aquellas cosas que hagan mejores a los hombres. Por ello insiste en que la guerra apenas debe ser contada y, al hacerlo, destaca el mal que acarrea.

La historia, antes que nada, debe ser veraz. La verdad, repite Vives por enésima vez, no necesita adornos, aunque ya hemos visto cómo un poco de elocuencia no le hace mal. Preocupado básicamente por el valor moral y ejemplarizante de la historia, reitera que ésta debe ocuparse sólo de los hechos significativos, o sea, aquellos que son ejemplo de prudencia y buenas costumbres.

Valiéndose del socorrido símil de la pintura, Vives clasifica los tipos de historia según su cuerpo en tres: una muy sencilla, como la obra de Eusebio de Cesarea; otra más trabajada, como la de César, y, finalmente, una "colorata", como la de Salustio, Livio o Tucídides, por la que evidentemente siente mayor admiración, y que se compone de proemio, narración y, algunas veces, epílogo. Respecto de la narración, reitera la importancia de contar con una cronología ordenada.

³⁵ Véase *supra* p. 66.

³⁶ Esto concuerda perfectamente con el propósito de la obra expresado en la introducción del libro III según el cual escribe para el profano y el hombre de la calle.

Del historiador, Vives espera que narre, que no elogie ni vitupere, que tenga en mente que no es panegirista. Esta crítica a los panegíricos como forma de historia ya había sido adelantada en *De disciplinis*. Igualmente, no debe dejarse llevar por hipérbolos poéticas, pues entonces no estará escribiendo historia, sino poesía en prosa. A propósito de los cortes en el cuerpo de la narración, dedica especial atención a la inserción de discursos en la historia. No es casual, pues éste fue uno de los puntos de contacto más comunes entre la historiografía y la retórica desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, como señaló P. O. Kristeller.³⁷ Dichos discursos eran elaborados siguiendo las pautas de la teoría retórica.

Siguiendo su férrea concepción moralista de la historiografía, Vives sostiene que el historiador puede dar su opinión sobre los hechos con el propósito de censurar las malas acciones y alabar las buenas. Por lo tanto, se requiere que sea un hombre íntegro. Sobre la escritura de la historia propiamente dicha, aboga por la claridad y la propiedad de las palabras (esto es, que estén en consonancia con el asunto tratado).

El apartado dedicado a la historiografía en *De ratione dicendi* concluye con una larga cita de elogio a Tito Livio, a quien Vives, como muchos otros humanistas, consideraba el máximo modelo de historiador y cuya lectura ya había recomendado en primer lugar de todas las obras históricas en *De disciplinis*.³⁸

IV

El pensamiento historiográfico de Juan Luis Vives debe entenderse no como una serie de reflexiones aisladas, sino en el marco más amplio de su propuesta general de reforma del saber y la enseñanza de su tiempo. Asimismo, es necesario comprender primero la idea que tiene de las disciplinas bajo las cuales coloca la historiografía (la gramática y la retórica) y qué relación guarda con ellas. Esta contextualización permite juzgar mejor sus aportes a la teoría historiográfica.

³⁷ Véase *op. cit.*, p. 28.

³⁸ Véase parte II, libro III, cap. VI.

La concepción vivesiana de la historiografía se distingue por su carácter moralista y ejemplarizante. El fin primordial de la historiografía es mostrar qué se debe hacer y qué no, las buenas conductas que deben imitarse y las malas que rehuirse. El máximo compromiso de la disciplina es con la verdad y cualquier cosa que la aparte de ella implica su corrupción. Siguiendo esta misma idea moral, la historiografía es para Vives una fuente de prudencia, virtud indispensable para la vida humana. Mediante la acumulación y registro de conocimientos, la historiografía hace posible otras disciplinas y esto le concede un lugar de privilegio entre ellas. Desde un punto de vista rigurosamente retórico, es una narración que tiene como finalidad explicar. De aquí que sea la retórica la encargada de indicar las pautas que debe seguir.

En el conjunto del pensamiento historiográfico de Vives, los capítulos examinados de *De disciplinis* constituyen la parte central. Sin embargo, este conjunto no estaría completo sin la visión retórica aportada por *De ratione dicendi*, en donde se reiteran algunas de las ideas fundamentales expuestas en la obra anterior y se complementan con otras de orden estrictamente retórico. La teoría historiográfica vivesiana, así como su estudio, no puede prescindir de ninguna de las dos.

CONTEXTO Y ESTRUCTURA DEL "PRÓLOGO" A LA HISTORIA DE LAS INDIAS DE BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

HUGO HERNÁN RAMÍREZ SIERRA
El Colegio de México

La retórica clásica precisó el lugar y la función del exordio y Cicerón fue, quizá, una de las autoridades que mejor lo definió: "El exordio es la parte del discurso que dispone favorablemente el ánimo del oyente para escuchar el resto de la exposición. Lograremos esto si conseguimos que se muestre favorable, atento e interesado. Por ello, quien quiera obtener un buen exordio para la causa primero deberá estudiar atentamente la clase de causa".¹

Desde la Antigüedad la inclusión de exordios o prólogos al comenzar los discursos buscó, entre otras cosas, ganar el interés de los más diversos lectores (u oyentes), servirles de guía e, incluso,

¹ "Exordium est oratio animam auditoris idonee comparans ad reliquam dictionem: quod eveniet si eum benivolum, attentum, docilem confecerit. Quare qui bene exordiri causam volet, eum necesse est genus suae causae diligenter ante cognoscere" (I, 20) *La invención retórica*, introducción, traducción y notas de Salvador Núñez, Gredos, Madrid, 1997, pp. 111-112. El texto latino proviene de *De Inventione*, with English translation by Harry M. Hubbell, Harvard University Press, Londres, 1949, p. 40. *La retórica u Herenio* señala que "La invención se emplea en seis partes del discurso: exordio, narración, división, demostración, refutación y conclusión. El exordio es el comienzo del discurso; con él se prepara la atención del oyente o del juez para escuchar" ("*Inventio in sex partes orationis consumitur: in exordium, narrationem, divisionem, confirmationem, confutationem, conclusionem. Exordium est principium orationis, per quod animus auditoris constituitur ad audiendum*" (I, 3)). Versión en español de Salvador Núñez, Gredos, Madrid, 1997, p. 72. El texto latino proviene de *Ad Herennium*, English translation by Harry Caplan, Harvard University Press, Cambridge, 1989, p. 8.